

de que la hembra puso los huevos, y los cubrió continuamente hasta setiembre, no tuvo cria. Una pareja de diferentes especies de crisotis amazonas hizo mas tarde su nido en uno de los cajones destinados para la cria, y obtuvo un hijuelo; pero cuando este pudo salir del nido, uno de los cacatúas le mató. Al año siguiente, la misma pareja mezclada tuvo dos pequeños, y entonces fué un espectáculo verdaderamente encantador el que ofrecían todos los individuos de la pequeña familia cuando volaban juntos, tratándose con el mayor cariño. Desgraciadamente, la madre y uno de los hijuelos fueron muertos. Mas tarde apareáronse un cacatúa de moño amarillo con un inca; hicieron por sí mismos su nido en la rama muerta de una acacia; la hembra puso los huevos y crió los pequeños. Estos eran muy bonitos, pero no se parecían á los padres; tenían un moño muy hermoso de color rojo anaranjado, y blanco el plumaje. Los padres estaban tan contentos con el buen éxito de su tentativa que la repitieron, resultando esta vez tres pequeños. La pequeña familia constaba ya de siete individuos; pero desgraciadamente fué herido uno de los primogénitos cierto día de invierno, y desde entonces no le permitieron las otras aves estar con ellas, obligándole á vivir aislado en un arbusto cerca de la casa. Un día le llevé al jardín con otros varios cacatúas; pero algunos de sus congéneres se precipitaron sobre él y le mataron. En 1868 tuvimos la esperanza de que la misma pareja criaría otra vez; pero desgraciadamente, una pareja de jacos ocupó su nido, no en balde, pues obtuvo dos pequeños. Era por demás grotesco el interés exagerado que se tomaban las otras aves de la misma especie cuando los jacos cubrían su nido en la acacia. Casi todo el día estaban posadas en la rama de un árbol que había en frente, y apenas salía uno de los padres, acompañábase un grupo de sus congéneres lanzando terribles gritos.»

Los loros observan también en Inglaterra un género de vida sistemático, según se colige del siguiente final del relato de Buxton. «Los loros, dice, hacen cierta distribución de sus horas. Poco después de rayar la aurora oyense sus gritos desde un bosque algo distante, donde los mas de ellos duermen: después acuden para recibir su almuerzo; duermen durante las horas del medio día, buscan mas tarde alimento, y preséntanse, en fin, para tomar su cena. Antes de entregarse al descanso manifiestan la mayor alegría, como lo hacen los cuervos. Los loros propiamente dichos describen entonces muchas veces círculos en el aire á gran altura; mientras que los cacatúas revolotean de un árbol en otro, dejando oír su voz, sobre todo cuando ven hombres en el jardín. No puedo negar que algunos de ellos causan á veces daños, particularmente por su afición á la fruta; pero se les puede dispensar por la distracción que proporcionan y por la admirable hermosura de su plumaje.»

USOS Y PRODUCTOS.—Aunque dura y filamentosa, la carne de los loros es muy apreciada, y sirve sobre todo para hacer un buen caldo, calificado de delicioso por Schomburgk. A los chilenos les gusta muchísimo: los indios de América y los salvajes de Australia persiguen activamente á estas aves para comer su carne.

Mas bien se cazan, sin embargo, con el fin de obtener sus hermosas plumas. «Nada mas natural, dice el príncipe de Wied, que este adorno, tan precioso como sencillo, y tan buscado por los salvajes; y á fe que son magníficos los toscos trabajos de pluma que hacen aquellos pueblos incultos, y de los cuales nos hablan los viajeros. Varias tribus indígenas del Brasil se han distinguido particularmente en este arte; y hasta se dice que saben teñir las plumas del loro con sangre de rana, lo cual seguramente es una fábula inventada por algun natural, y referida por él á un europeo demasiado crédulo.

La marcada afición que manifiestan los pueblos salvajes á las plumas de loro es muy antigua y está muy generalizada. «En los épocas mas remotas, dice Pöppig, los habitantes de los linderos de los bosques llevaban á los incas plumas de aras para adornar sus palacios; y los antiguos historiadores del Perú nos dan á conocer que el afán de buscar estas plumas y la coca, indujeron á los hombres á penetrar en las terribles selvas vírgenes.

»Por este concepto ocupan los loros un lugar en la historia del mundo; y no se crea que el hecho que acabamos de citar es aislado, pues en otra circunstancia figuraron estas aves de una manera notable. Por una bandada de loros que volaban se descubrió la América. Pinzon, compañero y segundo de Colon, suplicó á este que cambiara la dirección del buque, diciéndole: «Tengo el presentimiento de que debemos navegar por otro lado.» Humboldt refiere que un viejo marinero manifestó al hijo del gran descubridor, que Pinzon tuvo el presentimiento al ver volar á unos loros, á los cuales observó por la tarde cuando se dirigían hácia el sudoeste para buscar, según pensó él, tierra y árboles donde pasar la noche. Casi podría decirse que estas aves promovieron en las colonias del nuevo continente la separación de las razas latina y germana.»

No es mi ánimo hacer de esta casualidad un mérito para los loros; cito el hecho porque creo que no debía pasarle en silencio.

Estas aves tienen para nosotros la misma utilidad que los monos: se come su carne, sirven sus plumas de adorno, y su compañía entretiene. Los apreciamos á pesar de sus defectos, perdonándoles que nos piquen las orejas y lo roan todo, incluso el hierro; nos dejamos seducir por su hermosura y nos hace gracia su prudencia.

CLASIFICACION.—La clasificación de los loros es muy difícil tanto á causa del gran número de variedades conocidas, como por la sorprendente conformidad de todos los caracteres esenciales de las mas distintas especies del órden. Como dice muy bien Wallace en su última obra, este órden se halla, bajo el punto de vista zoológico, en un lamentable desórden. Apenas es posible distinguir marcadamente los diversos grupos principales, por mas que no puedan desconocerse sus tipos característicos. Debemos considerar por lo tanto á estos grupos principales como sub-familias. Yo clasifico todo el órden en una sola familia, dividiéndola en sub-familias; pero no refutaré á los que, con Wallace, las consideran como familias ó cambian el órden.

LOS SITACÍDEOS — PSITTACINÆ

CARACTÉRES.—Los sitacídeos deben figurar en primer término, á mi modo de ver, y se distinguen por su cola corta, ó cuando mas de longitud regular, ya cortada ó ligeramente redondeada en su extremidad.

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—El área de dispersión de esta familia se extiende por todos los países cálidos; las especies que la componen se hallan en mayor número en América y Africa, y con menos frecuencia en Australia: solo faltan en la Polinesia.

LOS LOROS GRISES — PSITTACUS

CARACTÉRES.—Las especies que forman este género constituyen el tipo originario del órden; sus caracteres distintivos consisten en tener el pico robusto con arista redondeada; alas largas, cuyas puntas ofrecen bastante desarrollo;

cola de longitud regular, cortada casi en línea recta, y plumas grandes; las fosas nasales, la piel que hay alrededor de los ojos, la cera y los círculos oculares están desnudos.

EL JACO—PSITTACUS ERITHACUS

CARACTÉRES.—Pocas palabras bastan para describir esta especie, pues en rigor solo tiene dos colores principales en su plumaje. La cola es de un rojo de escarlata y todas las demás plumas de un gris ceniciento, con el borde menos intenso. En la cabeza y en el cuello este borde se marca mas, y por eso aquellas regiones parecen mas claras. Cuando cae el fino polvo que como una gruesa capa suele cubrir las plumas, estas tienen un color negro azul de pizarra. Obsérvanse diferentes variedades, y muchas de estas presentan unos colores magníficos, teniendo algunas plumas de las alas y de otras partes del cuerpo un hermoso brillo rojo; pero raras veces llegan individuos de esta especie á Europa, porque los comerciantes establecidos en la costa occidental del Africa, suelen comprar para sí estas aves, llamadas allí loros reales. El jaco pequeño se distingue del adulto por su plumaje gris pardusco mas pálido, y por su pupila gris.

«A pesar de todos mis esfuerzos, me escribe Reichenow, no he podido averiguar si las plumas caudales de los jacos jóvenes son rojas ó grises. Varias veces he recibido individuos jóvenes que tenían el centro de las plumas gris oscuro y los lados de un pardo rojo sucio, por lo cual podría creerse que el color cambia poco á poco desde la base; pero estas aves procedieron siempre de las montañas del interior y pertenecían, según parece resultar de observaciones recientes, á la especie del *psittacus Timneh*, conocida hace mucho tiempo y congénere muy afine del jaco.» La pupila del jaco adulto es amarilla, el pico negro y los piés de un gris de plomo. El macho, un poco mas grande que la hembra, mide 0",31; la anchura de las alas extendidas es de 6",65, y la longitud de 0",22; la cola tiene 0",08 (fig. 11).

DISTRIBUCION GEOGRÁFICA.—El área de dispersión del jaco se extiende por el oeste del Africa, desde la Senegambia hasta el Benguela, llegando por el este hasta el lago Tschad, las fuentes occidentales del Nilo y el lago Nyanza; ocupa casi los mismos territorios que la palmera de aceite. Dentro de este inmenso espacio el ave se deja ver casi en todas partes con suma frecuencia, y por lo mismo debemos extrañar mucho que hasta los últimos tiempos no se hayan obtenido datos sobre su género de vida en libertad. Mis lectores agradecerán conmigo la amabilidad de Reichenow, el cual ha observado muy exacta y minuciosamente al jaco, poniendo á mi disposición sus informes. El citado naturalista dice lo siguiente:

«Por do quiera que se dirija el viajero, en todas partes oye el grito de los jacos, muy abundantes en el Africa occidental, sobre todo en la costa de Oro, en el delta del Níger y junto al Kamerun y Gabon. La naturaleza les ofrece aquí, en los impenetrables bosques del país aluvial de las desembocaduras de los ríos, unos albergues tan ocultos y cómodos que la persecución á que están expuestos por parte de los indígenas y algunos otros enemigos, no tiene ninguna importancia. Los manglares son los bosques que sirven principalmente á estas aves para criar; buscan los huecos de los árboles y ensánchanlos con su fuerte pico. Durante la incubación, que se efectúa en la estación lluviosa correspondiente á los sitios respectivos, al sur ó al norte del ecuador, es decir en nuestros meses de verano, ó en los del invierno del hemisferio meridional, las parejas viven mas ó menos aisladas; pero después de este período reinense con sus hijuelos y otros individuos de la misma especie, formando

bandadas que hacen vida comun. Para descansar eligen los árboles mas altos y todas las noches los ocupan. Al ponerse el sol preséntanse por diversos puntos bandadas mas ó menos numerosas; de modo que muchas veces se reúnen algunos centenares de estas aves. Fácilmente se descubren estos sitios de reposo, pues á gran distancia se oyen los gritos de las aves que llegan así como de las que se preparan para descansar: solo al oscurecer guardan todas profundo silencio. A la mañana siguiente resuenan de nuevo los gritos que anuncian la salida de las bandadas: graznando ruidosamente, los jacos se dirigen hácia el interior para saquear los campos de maíz que los negros tienen con preferencia en las metetas. El maíz medio maduro constituye el alimento favorito de estas aves, y terribles son los destrozos que causan en los campos. Solo á la hora de ponerse el sol comienzan la retirada para volver á reunirse en sus árboles. En sus expediciones siguen siempre el mismo camino cuando no se las inquieta. Nosotros lo reconocimos muy pronto, y nos aprovechamos de ello para proporcionar provisiones á nuestra cocinera, pero nunca podíamos frecuentar mucho tiempo el mismo sitio, porque las astutas aves comprendiendo el peligro, evitábanle, dando un rodeo.

»El vuelo de los jacos puede calificarse de mísero; dando algunos aletazos cortados y rápidos dirígenese en línea recta hácia el punto que tratan de alcanzar; y no parece sino que temen caer á cada momento á tierra. Cuando llegamos á la costa y vimos por primera vez á cierta distancia unos jacos volando, creímos que eran patos, pues su vuelo se parecía en un todo al de estas aves. Un tiro basta para dispersar por completo una bandada de jacos; después de la detonación precipítanse á tierra dando verdaderas volteretas, y poco á poco vuelven á elevarse. Sus ruidosos gritos, que por lo regular producen solo cuando ven un ave de rapiña, revelan cuál es su terror cuando ocurre algun accidente inusitado.»

Reichenow no ha podido hacer observaciones propias, y por eso doy mas crédito á las noticias de Keuleman. En la isla de los Príncipes, donde este viajero observó, la incubación se efectúa en diciembre, después de la estación lluviosa. Los huecos mas profundos de los árboles suelen servir de nido; la hembra pone hasta cinco huevos de color blanco puro y forma ovalada. No es fácil descubrir los nidos, porque las aves los construyen en lo mas impenetrable de la espesura.

En un espacio muy circunscrito hállanse muchas veces varios centenares de parejas que cubren sus huevos; pero casi nunca se ve mas de un nido en cada árbol. Los padres saben muy bien defender su prole y todos los compañeros les ayudan en este deber; los indígenas no cogen los pequeños del nido, por creer que en este hay tanto calor que se quemarian los dedos al tocarlo.

«Entre las aves de rapiña, continua Reichenow, cuéntase en particular una especie de águila marina (*Cypohierax angolensis*) que es peligrosa enemiga de los jacos. Yo la vi varias veces perseguir á estas aves, y pude reconocer cuánto temen á esa rapaz. No cabe duda que esa águila, á pesar de no ser muy ágil en su vuelo, alcanza fácilmente á los torpes jacos.»

Esta noticia de Reichenow se halla en completa contradicción con un aserto de Keuleman, quien asegura que los jacos son pendencieros y se reúnen para atacar á las rapaces, lo cual efectúan con buen resultado. No sé si esta noticia se funda en observaciones ciertas, pero yo por mi parte, no creo en la exactitud del hecho, pues todos los loros, cuyo género de vida en libertad conocemos, se conducen del modo indicado por Reichenow.

CAZA.—Keuleman refiere que en la isla de los Prínci-

pes no se cogen los jacos hasta despues de salir por primera vez del nido, porque segun dice, caen fácilmente en lazos de toda clase, descubriéndose entonces por sus gritos. Segun Reichenow, no sucede así en el continente. «Ni uno solo de todos los jacos que llegan vivos á Europa, dice al terminar su relato, se coge en la edad adulta; los negros roban todos los pequeños del nido antes de salir de él. En el interior del país, los jefes ó los notables de los pueblos, recogen las aves pequeñas para llevarlas despues en mayor número á la costa. Mientras tanto les cortan las alas y las dejan así en libertad. Hé aquí porqué en todos los pueblos se ve á los loros posados en los techos de paja ó en los árboles que al efecto se plantan delante de las chozas, y cuyo conjunto recuerda en un todo nuestras palomas domésticas, alegrando tanto la vista, que casi se olvida el enojo que causan los gritos. Cuando los jacos pequeños no necesitan ya la madre, se pueden comprar en la costa por cuatro francos cada uno, y en el interior del país los cambian por mercancías de mucho menos valor; mas tarde suben los precios tanto, que en los vapores ingleses se pagan muchas veces de 18 á 22 francos por un jaco.

Los individuos adultos, domesticados ya por una larga cautividad, valen mucho mas que los jóvenes, y por eso algunos negros codiciosos los instruyen y educan en las misiones mucho tiempo, enseñándoles algunas palabras en su lenguaje ó en mal inglés. Cada buque que sale de la costa occidental del Africa lleva cierto número de jacos. A pesar del poco cuidado que se tiene, mueren muy pocos durante el viaje; pero la mortandad es grande cuando llegan á Europa, porque allí se hacen sentir las consecuencias del mal tratamiento durante la travesía. La mayor falta del cuidado consiste en que un error extraño, pero muy general, induce á los navegantes á no dejar beber á los loros durante el viaje. Como estos no se alimentan sino de galleta dura y les falta el agua para beber, se presentan indigestiones, y como consecuencia de ellas enfermedades de los intestinos, á las cuales sucumben la mayor parte de las aves. El buque en que yo volví llevaba unos treinta jacos á bordo; estos recibieron, á consecuencia de mis ruegos, dos veces por dia agua para beber, y todos menos uno llegaron sin novedad á Europa. Si se tiene además en cuenta que los jacos libres se alimentan en particular de simientes harinosas, y si al principio no se les da mas que esto, suprimiendo los cañamones y otras simientes aceitosas, no es probable sucumbieran estas aves que tan fácilmente soportan la cautividad.

CAUTIVIDAD.—Allí donde se encuentra el jaco los indígenas le cogen, le domestican y le enseñan á hablar, para cambiarle ó venderle despues. Denham, Clapperton y Oudney llevaron á Inglaterra jacos vivos del lago Tschad; Heuglin encontró la misma especie en el país de los nyam-nyam y de los bongos, y Livingstone le vió en los alrededores del lago Nyanza en estado de domesticidad. Todos los viajeros que han visitado la costa occidental del Africa hallaronle vivo en manos de los indígenas; algunas tribus tenían muchos.

«El jaco, dice Reichenow, es la única ave que desde la costa occidental del Africa llega con regularidad al mercado europeo de animales, las otras especies de aquellas regiones tan ricas en animales curiosos, no se encuentran siempre. Este hecho se funda en la indiferencia y reserva de los indígenas del país. Los negros de la costa del Africa occidental son demasiado perezosos para ocuparse en coger aves. Del todo indiferentes á la naturaleza que les rodea, solo las aprecian para comérselas; y he aquí porqué no encontré en la casa de los habitantes mas inteligentes de la Costa de Oro sino algunas avecillas domesticadas. El jaco, sin embargo, es casi en todas partes una excepcion de la regla.»

El jaco, una de las aves mas favoritas que se tienen en domesticidad, merece en un todo el favor de que goza, porque es dócil, inteligente y cariñoso con su amo; en todas las lenguas se habla de él; toda historia natural y todo libro en general que trata de la vida de los animales da noticias de él. Refiérense infinidad de historias graciosas relativas á esta ave. Levaillant habla minuciosamente de uno de esos loros, propiedad de un comerciante de Amsterdam, y que poseia muy buenas cualidades.

«Carl, este era su nombre, hablaba tan bien como Ciceron: podria yo llenar todo un libro con los discursos que pronunciaba y que me repitió sin olvidar una sílaba. Obediente á todas las órdenes, llevaba á su amo cuanto este le pedia, el gorro de dormir ó las zapatillas; llamaba á la criada si era necesario y solia estar siempre en la tienda, donde prestaba buenos servicios. Si ausente el dueño, entraba á quien, daba grandes chillidos hasta verle llegar ó á cualquiera otra persona; tenia excelente memoria, y sabia decir frases enteras en holandés. Solo á los sesenta años de cautiverio comenzaron á debilitarse sus facultades, y cada dia olvidaba alguna cosa de las que aprendió. No decia sino la mitad de una frase; trabucaba las palabras, y mezclábalas unas con otras.»

Estas pocas palabras de Le Vaillant no dan, sin embargo, una idea exacta de los méritos de la especie. Se han publicado otros muchos relatos, y en todos ellos se reconoce que los loros cenicientos tienen poco mas ó menos las mismas facultades intelectuales, si bien hay algunos que sobresalen por su mayor disposicion. El mas notable acaso fué uno que vivió largo tiempo en Viena y en Salzburgo, y que llamó la atencion de celosos y entendidos observadores. Varios naturalistas, entre los cuales me cuento, han hablado ya de él en mas de un libro, y no puedo menos de reproducir aquí algo de lo que sé. Lenz tenia mucha razon cuando dijo que desde que existen aves no se habia visto ninguna que alcanzara el grado de instruccion del citado loro, que tenia por nombre *Faco*.

En 1827, y á ruegos del canónigo José Marchner, de Salzburgo, el consejero ministerial Andrés Mechletar compró por 25 florines (62 pesetas) á un capitán de buque de Trieste. En 1830, pasó á manos de Hanikl, maestro de ceremonias de la catedral, quien le daba dos lecciones diarias, una por la mañana de nueve á diez, y la otra por la noche de diez á once; ocupábase mucho de él, y desarrolló sus facultades en el mas alto grado. A la muerte de Hanikl fué vendido el loro por 150 florines (375 pesetas); y en 1842, por 370 (925 pesetas). Un amigo de mi padre, el conde Gourcy-Droitaumont, publicó un artículo sobre este loro, que excitó el asombro general; y á ruegos de Lenz, el presidente de Kleimayrn, último propietario de *Faco*, completó los primeros datos del conde Gourcy-Droitaumont, de los cuales he tomado los siguientes apuntes:

Faco estaba atento á todo, y de todo sabia juzgar; contestaba convenientemente á las preguntas; obedecía una orden; saludaba á los recién llegados y á los que se iban; decia *buenos dias* y *buenas tardes* á las horas oportunas, y pedia de comer cuando tenia hambre. Llamaba por su nombre á todos los individuos de la familia; y manifestaba ciertas preferencias. Cuando queria ver al presidente Kleimayrn, gritaba: «Ven aquí, papá.» Hablaba, cantaba y silbaba como un hombre; parecia á veces un improvisador poseido de entusiasmo; y hubiérase dicho al oírle desde lejos, que alguien pronunciaba un discurso.

A continuacion doy la lista de todo lo que *Faco* habla, canta, silba, etc.: «Señor Cura, buenos dias.—Señor Cura, déme V. una almendra.—¿Quieres una almendra, quieres una nuez?—Ya te la daré; aquí la tienes.—Dios le guarde, señor

capitan.—Servidor de V., señora.—¡Paleta, ladrón, márchate, márchate á casa! ¿No quieres? Ya te enseñaré yo.—Buen Paperol, eres muy buen chico; te daré una peladilla; ya te la daré.—Nani, nani!—Señor vecino, déjeme V. tiempo.» Cuando llaman á la puerta grita muy alto cual si fuese un hombre: «Adelante, adelante; servidor de V., señor Brau; me alegro de verle, me alegro mucho.» Con frecuencia llama tambien él mismo á su jaula, pronunciando las palabras anteriores, é imita muy bien la voz del cuco. Hé aquí otras de sus frases:—«Dame un beso y te daré una almendra.—Mira aquí.—Ven aquí.—Mi querido Paperol.—¡Bravo, bravísimo!—Vamos á rezar.—Vamos á comer.—Vamos á la ventana.—Jerónimo, levántate.—Me marcho, adios.—Viva el emperador, que viva mucho tiempo.—¿De dónde vienes?—Perdóneme su merced; creí que era V. un pájaro.» Cuando destruye algo con su pico, dice: «No muerdas, estate quieto. ¿Qué has hecho? Espera, ladrón, mal sujeto; espera y te pegaré.—Paperol, ¿cómo lo pasas?—Ya has comido algo.—Que aproveche á V.—Bst, bst, buenas noches.—Paperol puede salir; ven aquí.—Paperol, tira, tira Paperol.» Entonces imita la detonacion del tiro, gritando ¡pum! ¡gu, gu! Despues dice: «Márchate á casa; márchate en seguida.—Si no te marchas ahora te pegaré.» Tocando una campanilla que se halla en su jaula, grita: «¿Quién toca?—El paperol.—Cacatúa, cacatúa.—¡Ja, ja, ja, ja!—Espera con tu jác, mal sujeto.—El perrito está aquí; un perrito muy lindo.» Y al decir esto llama al animal añadiendo: «¿Cómo habla el perrito?—Ladra.» Cuando se le manda hacer fuego, grita *pum*, y despues deja oír las voces de mando militar: «¡Alto! ¡alto! ¡Alinear. ¡Preparen armas; apunten, fuego.—¡Pum! ¡Bravo, bravísimo.» A veces se le olvida decir ¡fuego! y á las palabras apunten armas, añade el *pum*; pero entonces no grita ¡bravo, bravísimo! cual si conociera él mismo su falta.—«Dios les guarde, adios.»—Así dice cuando se marcha la gente. «¡Qué! Á mí me quieres engañar, engañarme á mí.» Despues lanza unos gritos muy ruidosos. «¡Qué! á mí me quieres, engañar, mal sujeto; engañarme á mí. ¡Ya, ya; esas son cosas del mundo!» Y despues rie como un hombre. Si ve que se prepara la mesa, ó cuando lo oye desde una habitacion inmediata, grita en seguida: «Vamos á comer, vamos.» Cuando su amo almuerza en otra habitacion próxima le dice: «Ya te daré cacao.»

Cuando la campana de la catedral anunciaba la hora del oficio divino, *Faco* gritaba: «Ya voy. ¡Id con Dios!» Y si le acompañaba otra persona, añadía: «Dios os guarde á todos.» Cuando pasaba la noche en la habitacion de su amo, estaba silencioso mientras este dormía; pero si le llevaban á otro cuarto, comenzaba al amanecer á cantar, silbar y hablar.

El amo de *Faco* tenia una perdiz, y cuando esta dejó oír su voz por primera vez, volvióse hácia ella el loro y exclamó: «¡Bravo, pequeña, bravo!» Mas tarde se le enseñaron algunas cortas canciones: modulaba ciertos acordes; silbaba una escala ascendente y descendente y producía gorjeos; pero no cantaba ni silbaba siempre en el mismo tono; bajaba y subía de uno á medio, mas no hacia nunca notas falsas. En Viena se le enseñó á silbar un aire de la *Marta*; su amo bailó delante de él, y *Faco* le imitó, levantando una pata despues de otra y moviendo el cuerpo de la manera mas cómica que imaginarse pueda.

El presidente Kleimayrn murió en 1853, y *Faco* enfermó de pena: al año siguiente fué necesario hacerle una camita y se le cuidó con el mayor cariño: hablaba aun y repetía á menudo con voz triste: «Jaco está enfermo, muy enfermo.» Pronunciando estas palabras exhaló un dia el último aliento.

De otro jaco me refiere una señora de alta posicion, lo siguiente:

«El loro del cual quiero dar algunas noticias; nos fué re-

galado por un hombre que habia vivido mucho tiempo en la India holandesa; hablaba ya mucho, aunque solo holandés; muy pronto, sin embargo, aprendió alemán y francés; en estos tres idiomas expresábase como un hombre, y tal era su atencion que aprendió muchas frases que nunca le habian enseñado, empleándolas, con general asombro, en ciertas ocasiones oportunas.

» Hablaba algunas palabras y frases en holandés, y servíase de palabras holandesas cuando en alemán le faltaba alguna. Preguntaba y contestaba, pedia y daba las gracias; empleaba las palabras con conocimiento del tiempo, del lugar y de las personas.

» *Papchen* quiere hacer *kluk, kluk* (es decir beber). *Papchen* quiere comer.» Cuando entonces no se le daba en seguida lo pedido, gritaba: «*Papchen* quiere algo de comer.» Y cuando aun no se hacia su voluntad, revolvia todo cuanto tenia á su alcance para expresar su ira.

» Por la mañana saluda diciendo: *bon jour* y por la noche: *bon soir*. Cuando queria ir á dormir pronunciaba las palabras: «*Papchen* quiere acostarse;» y al llevarle decia: *bon soir, bon soir*.

» Tenia mucho cariño á su ama, que regularmente le daba su alimento. Al recibirlo besaba la mano con su pico, diciendo: «Beso las manos á la señora.» Tomaba parte en todo lo que hacia su ama, y muchas veces, cuando la veia ocupada en cualquier cosa, preguntaba con una gravedad en extremo grotesca: «¿Pero qué hace allí la señora?» Cuando esta hubo muerto sentia tambien el animal el dolor de su pérdida, y costó mucho hacerle tomar alimento para conservarle con vida. Muchas veces despertó de nuevo la tristeza de los parientes preguntándolos: «¿Dónde está la señora?»

» Cantaba muy bien; sobre todo cierta cancion religiosa.—«*Papchen* debe cantar una vez.»—Así se amonestaba él mismo, empezando en seguida:

Petrouquet mignon,
Dis-moi sans façon,
Qu'a-t-on fait dans ma maison
Pendant mon absence?

» En cierta cancion alemana que empieza con las palabras «sin amor y sin vino no podemos vivir,» cambiaba á veces la palabra vino por la francesa *maison*, ó decia: un beso sans-*façon*; lo que le divertia tanto que prorumpia en una gran carcajada.

» *Papchen*, ¿cómo dice la pequeña Carlota?» Así se preguntaba á veces, contestándose cual si otro le hubiese preguntado: «¡Oh! mi bonito *Papchen*, ven aquí y dame un beso.» Y decia esto con tanta ternura en la voz como hubiera podido tener la misma Carlota. Para alabarse á sí mismo, decia: «¡Ay qué hermoso es el *Papchen!*» pasándose el pié por el hocico.

» Pero no era hermoso de ningun modo, pues tenia tambien el vicio de quitarse las plumas. Para remedio recetaron baños de vino, que fueron propinados con una regadera muy fina. Estos baños le eran sumamente desagradables y cuando veia que se hacian preparativos para ello, comenzaba á suplicar con insistencia, diciendo: «No mojar á *Papchen*; ¡ay! del pobre *Papchen*, no mojarle.»

» No le gustaban las personas extrañas que venian para oírle hablar, y por lo regular estas no lograban su deseo, sino ocultándose; mientras estaban presentes el ave no dejaba oír ni una sílaba. Con tanta mas vivacidad hablaba cuanto mas oculto estaba el visitante ó si se habia marchado de veras; entonces parecia cual si hubiese querido indemnizarse por el tiempo que no habia hablado. Sin embargo, era posible granjearse su cariño y gustábale hablar con gente que le visitaba